

Friedrich Katz: contacto en Chihuahua

Friedrich Katz: the Chihuahuan connection

¿Es usted alemán, mexicano o estadounidense?
Nací en Austria, no en Alemania. Pero lo que soy es un sobreviviente. Soy uno de aquellos que logramos salir con vida.
(Friedrich Katz, respondiendo a una pregunta impertinente).

Carlos González Herrera¹

- 1 Nacionalidad: Mexicana. Grado: Doctor en Antropología. Especialidad: Antropología histórica. Adscripción: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Correo: cglz@uacj.mx

DOI: <http://dx.doi.org/10.20983/noesis.2015.14.1>

Fecha de recepción: 20 de agosto de 2014

Fecha de aceptación: 27 de enero de 2015

RESUMEN:

En este breve ensayo, el autor intenta rescatar la naturaleza de la relación que el historiador Friedrich Katz desarrolló con el estado de Chihuahua y con la frontera a través de sus vínculos con la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Se presenta una selección de momentos claves de su biografía para proponer la magnitud de la aportación historiográfica, intelectual y humanística que el Profesor Katz hizo a nuestro país y a todos aquellos que de manera individual tuvieron cercanía con él.

Palabras clave: Cultura Judía. Historia Comparativa. México En La Historia Global.

ABSTRACT:

In this short essay the author tries to rescue the nature of the relationship that the historian Friedrich Katz developed with the State of Chihuahua and the border region, through his links with the Autonomous University of Ciudad Juarez. It presents a selection of key moments of his biography to suggest the magnitude of the historiographical, intellectual and humanist contributions professor Katz did to our country and to all those who were close with him individually.

Keywords: Jewish Culture. Comparative History. Mexico Within Global History.

I

Introducción

En forma alguna pretendo realizar una síntesis biográfica del historiador Friedrich Katz, pero me es indispensable acudir a su experiencia como conocedor de los horrores extremos de la maldad humana y sobreviviente del Holocausto con que la maquinaria nazi quiso exterminar, principalmente, a los judíos en Europa.

Los padres de Friedrich eran judíos austríacos que vivían en Viena cuando el futuro historiador de la Revolución Mexicana nació en 1927, aunque poco después su padre, Leo, que era un conocido periodista y militante del Partido Comunista y un crítico de la política que pavimentaba el ascenso del nazismo, los llevó a vivir a Berlín. Con el arribo de Hitler a la Cancillería alemana, el partido y sus organizaciones afines cobraron notoriedad y poder. Diversas advertencias, incluidas las de la policía civil, convencieron al señor Katz, que firmaba algunos de sus artículos con el pseudónimo de *Mouse*, del enorme riesgo que corrían él y su familia de permanecer en la ciudad. En 1933, con tan solo cinco años de edad, el pequeño Friedrich es llevado a Francia y experimenta su primer exilio.

La vida en Francia, según confesaba el propio Profesor Katz, no fue agradable. Su padre continuó su lucha en contra de la expansión del fascismo en Europa; desde París y utilizando la cobertura de un hombre de negocios, montó una ruta para el contrabando de armas hacia España y así apoyar a la República Española.

Nuevamente en riesgo la vida de él y su familia, Leo toma la decisión de marchar a un nuevo exilio. El destino, los Estados Unidos; 1938, el año. El asilo en aquel país era solo temporal y existía la posibilidad de ser deportado a Alemania. La familia Katz requería, de manera urgente, una solución más estable y segura. La política de apoyo a exiliados europeos víctimas del nazismo y del franquismo diseñada y operada por el gobierno de Lázaro Cárdenas fue la respuesta. En 1940 los trámites fueron concluidos y el año siguiente los Katz llegaron a la Ciudad de México. El joven Friedrich, ya de 14 años, iniciaba una relación con México y su cultura que duraría hasta su muerte en 2010.

Años después, cuando el Profesor Katz intentó regresar a Viena, el ambiente estaba aún cargado de un fuerte sentimiento antisemita, por lo que vio la oportunidad de establecer su carrera académica europea en Berlín, capital de la República Popular Alemana. Un autoritarismo, ahora en la forma de los gobiernos socialistas de la URSS y de la propia Alemania del Este, volvieron a alterar los planes de Friedrich Katz. Cuando las tropas del Pacto de Varsovia, que incluía a fuerzas alemanas, invadieron Checoslovaquia para aplastar el movimiento libertario de 1968, el profesor Katz renunció a su cátedra de la Universidad Humboldt e inició un nuevo exilio que lo llevó a los Estados Unidos. Ahí enseñó en varias universidades, como la de Texas en Austin, hasta que, finalmente, la Universidad de Chicago le ofreció un puesto en su Departamento de Historia, en 1971, donde enseñó hasta su retiro en 2003.

He querido traer a colación los datos anteriores, aunque fuera de tan brusca manera, para intentar explicar tres elementos de la vida de Katz que nos fueron conocidos en Chihuahua: su naturaleza de gentilhombre, su forma de comprender y transmitir la historia, su relación con Chihuahua.

II

Ser amable frente a tantas circunstancias y personas diversas pareciera ser la constante de este hombre. Era su marca personal según el testimonio de muchos al que sumo el mío. Enrique Semo, su amigo de toda la vida y colega, dijo de él que era paciente, prudente y valiente. Nunca superior a otro ser humano.

Las desventuras que marcan la primera parte de su vida pudieron haber forjado otro carácter. No fue así. Pero solo alguien que tiene la convicción de un mundo más justo y que empeña su tiempo y talento para abonarle a ese compromiso, pudo sobreponerse a las tragedias de su vida personal, marcadas por la intolerancia y la violencia ciega. Si bien es cierto que él llegó a México con sus padres, también es cierto que una parte importante de su familia murió en campos de concentración de la Europa nazi. Suerte que corrió también, por cierto, parte

de la familia de la que sería su esposa Hanna, según tuvo la generosidad de compartirnos en una sobremesa a un grupo de contertulios en una de sus visitas en los años noventa a Ciudad Juárez.

La sabiduría tenía el efecto de volverlo más sencillo y generoso. Katz fue un auténtico humanista y no solo desde el punto de vista escolástico. Aun contando con un arsenal de habilidades y conocimientos que en efecto lo colocaban en un plano superior, no contamos con evidencia de que haya actuado con rudeza ni con sarcasmo, que tan gratos son para muchos colegas en las aulas universitarias. Los errores de los estudiantes o de sus colegas más jóvenes siempre los vio como superables y por ello los minimizaba siempre y cuando no fueran resultado de la deshonestidad. Los pequeños triunfos los hacía crecer y los alababa. En innumerables congresos ante preguntas obvias, mal planteadas o incluso mal intencionadas, su respuesta siempre empezaba con la frase “es muy interesante lo que usted plantea”.

Pareciera que durante las primeras décadas de su vida experimentó y observó tanto sufrimiento y tanto uso desproporcionado de la fuerza contra aquellos que tienen poco para defenderse, que conservó un comportamiento que siempre asombró por su generosidad y humanismo. Durante los años que escuché hablar de él, los testimonios de sus colegas, alumnos y amigos son los de un hombre siempre dispuesto a compartir sus vastísimos conocimientos pero, sobre todo, dispuesto a escuchar lo que los demás tenían que decir. Katz era magnánimo porque pensaba que había que entusiasmar a la gente para que pudieran ofrecerse a los demás con el mayor de los potenciales. De sus estudiantes no solo quería ver historiadores sino a hombres y mujeres honrando la profesión. Pero también era magnánimo con sus detractores porque conocía el horror del encono.

Su gentileza se reflejaba también en su, digamos, renuncia a ser un ideólogo, en el sentido desbordado, intolerante y de mal gusto que solemos atribuir a esta categoría.

III

Katz, vivía, disfrutaba de manera envidiable su profesión de historiador. Tanto si dictaba cátedra o una conferencia, como charlando con amigos o colegas y estudiantes o dirigiéndose a los miembros de la clase política o a los medios de comunicación, lo hacía con una sencillez notable. Nunca una jerigonza pseudoacadémica, ni explicaciones infladas de “teoría”. Y no es que estuviese peleado con la teoría, pero se cuidaba mucho de usar un lenguaje, complejo a propósito, que se convirtiera en un obstáculo para entender la historia. No era proclive a la sobre-conceptualización del discurso histórico. La comparación le permitía explicar las particularidades de lo que enseñaba.

En efecto, el análisis comparativo lo hizo legendario; fue quizá su verdadero método de entender y enseñar la disciplina histórica. Su amplio conocimiento de las historias europeas y latinoamericanas le permitía explicar cada movimiento social, cada tipo de liderazgo, cada revuelta campesina y obrera o revolución social con ideas e imágenes diversas. En varias ocasiones, muchos debimos oírlo hacer una reflexión conjunta de las revoluciones mexicana y rusa, y casi con complicidad señalaba que nos habíamos detenido poco en el hecho de que mientras la Revolución de 1917 había tenido como escenarios de primer plano a grandes ciudades como Moscú, con sus obreros e intelectuales, y cómo éstas habían sido nodales para el triunfo de la revolución, en el caso de la Revolución Mexicana, las grandes ciudades y muy particularmente la ciudad de México fueron las fortalezas de las fuerzas conservadoras. Así, con hechos, Katz nos confesaba su posición: creía firmemente en el carácter popular y campesino de la Revolución Mexicana.

Cómo explicarse la idea que Friedrich Katz tenía de la Historia si fue él un profesor increíblemente modesto como para pretender enseñar qué era la Historia y cómo había que practicarla. Su amigo y colega Claudio Lomnitz, que tan bien lo conoció, dice que Katz pensaba que los vivos tienen obligaciones con los muertos y que la

falsificación del pasado se hace a costa de los vivos y por ello la verdad es tan importante. No obstante, la paradoja humana que es la materia del historiador es que no hay algo parecido a una verdad definitiva, a una historia definitiva.

De nuevo con modestia y entusiasmo, Katz compartía, con quien quisiera escucharlo, la idea de que cada generación tiene una relación particular con el pasado. Más aún, tiene su propio pasado y por ello elabora sus propias preguntas y miradas particulares sobre este. Pero ello no hace de este historiador un relativista. En todo caso Katz tiene una perspectiva marcada por un optimismo que él mismo enunciaba así: “un buen libro no es el que responde a todas las preguntas sino que hace las suficientes para que se necesite otro libro”.

Sobre su *opus magnum*, aparecida en 1998 tanto en inglés (*The Life and Times of Pancho Villa*. Stanford University Press), como en español (*Pancho Villa*. Editorial Era) que empezó a fraguar desde fines de los años sesenta del siglo pasado, Katz pensaba que no podía ser un libro definitivo. Su negativa a creer que un libro de 1000 páginas que tardó tres décadas en prepararse y que se nutrió de archivos de media docena de países en Europa, los Estados Unidos y México, pudiera ser definitivo, provenía del hecho de que otros historiadores, pertenecientes a otras generaciones, estudiarán la Revolución Mexicana por razones diferentes a las que fueron su inspiración. No solo se puede, sino que se debe seguir abordando el tema con nuevas preguntas, nuevos materiales, nuevas preocupaciones sobre el presente y el futuro.

A lo largo de más de medio siglo ejerciendo la docencia, Katz acumuló cientos de estudiantes en Alemania, los Estados Unidos y en México. Algunos tuvieron la fortuna de haberlo tenido como profesor formal por años y otros solo tuvimos el orgullo íntimo de haber recibido clases particulares con él a la hora de las comidas o frente a un café. Pero en todos los escenarios hay una constante que afirman sus alumnos: dictaba su clase sin notas ni los apoyos “didácticos” tan en boga hoy en día. Cada sesión de seminario era un discurso perfecto sobre el tema a tratar, improvisado quizá al ser enunciado pero que evidenciaba las horas de preparación y una infinidad de lecturas de te-

mas concurrentes de historia europea, estadounidense y por supuesto latinoamericana.

La frase latina *pedes in terra ad sidera visus*, podría trasladarse y traducirse como “con los pies en un país y la mirada en el mundo” si tratáramos de entender el tipo de historia que practicó y transmitió Friedrich Katz. Sus dos grandes obras *La guerra secreta en México, Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana* (Editorial Era, 1982) y su *Pancho Villa* (Editorial Era, 1998) son una lúcida y exitosa aventura por leer a México en el mundo e introducir a México en la Historia Universal. Sus clases sobre la Revolución Mexicana eran auténtica historia mundial, señala Javier Garciadiego, uno de los grandes discípulos-amigos del profesor Katz. Su colega y amigo por muchos años en la Universidad de Chicago, el profesor John Coastworth, dijo que Katz, más que ningún otro historiador, había logrado por primera vez insertar a México y a su revolución en la historiografía global. El historiador Mauricio Tenorio ha dicho que basta con decir que no solo era el más importante historiador de México, sino el único capaz de traducir en toda su valía la importancia de la historia mexicana para el mundo

Enriquecer la historiografía mexicana fue el gran homenaje que Katz hizo a sus muertos, conociendo y difundiendo la historia del país que le permitió “ser uno de los que sobrevivieron”. Estudiar la historia mexicana fue la forma de penetrar a la cultura de este país. Otro amigo y colega, el historiador Adolfo Gilly, dijo que Katz compartía ese mismo crisol civilizatorio que Franz Kafka y Walter Benjamin: la cultura judía centroeuropea marcada por la persecución, la humillación y la desposesión, frente a las cuales se antepone la resistencia, la resurrección y la rebelión. Ese legado cultural permitió a Friedrich Katz entender al pueblo mexicano en el momento dramático y decisivo de la revolución de 1910. No tengo duda de que esa tradición cultural, convertida en herramienta analítica, fue la que utilizó el historiador para estudiar la figura de Pancho Villa durante casi cuatro décadas y escribir un libro sobre el personaje como el que apareció en 1998.

IV

En 1995, Friedrich Katz recibió un reconocimiento *sui generis*: fue declarado “Chihuahuense distinguido” mediante un decreto enviado por el gobernador del estado y aprobado por el poder legislativo.¹ En el evento en que se entregó aquel nombramiento, el Salón Rojo del Palacio de Gobierno lució atiborrado y no sobra decir que fue innecesario llenarlo con acarreados. Como orador invitado asistió el doctor Javier Garciadiego Dantan, quien señaló:

Friedrich Katz recibe hoy un nuevo homenaje, el de “Chihuahuense distinguido”, en reconocimiento a su labor académica. Si bien hace unos años, en 1988, obtuvo la máxima distinción que el gobierno federal mexicano puede otorgar a un extranjero, la condecoración del Águila Azteca, estoy seguro de que el reconocimiento del que hoy es objeto tiene para él un significado especial por provenir de su amada Chihuahua. No puede decirse que esta sea su segunda patria, pues es un vienés que radica en Chicago; sin embargo, dado que la “tercera es la vencida”, puede explicarse que Chihuahua sea para Friedrich Katz un terruño entrañable.

¿Por qué esa cercanía con Chihuahua terminó pasando relativamente desapercibida? Aventuro la idea de que el centralismo mexicano, que abarca todos los ámbitos de la vida nacional, explica en buena medida ese olvido.

En la ciudad de México, Friedrich Katz fue una personalidad muy atractiva para muchísima gente y todo tipo de personas: La clase política, el *jet set* académico, con sus diversos líderes y comparsas. Igualmente cierto es que también supo ganarse el cariño y admiración de muchos amantes del tema revolucionario y de la persona de Pancho

1 Debe reconocerse el empeño que para lograr este nombramiento realizó el entonces rector de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Rubén Lau Rojo.

Villa en particular. En la capital de país forjó sus grandes amistades mexicanas. Del medio universitario destaco a Enrique Semo, Arturo Warman, Adolfo Gilly, Javier Garciadiego, Eugenia Meyer. La aparición de su obra *La guerra secreta en México*, motivó que el interés por su persona de sectores cada día más amplios creciera; Katz viajó así constantemente por ciudades mexicanas como Guadalajara, Cuernavaca, Colima, Puebla, Durango y otras.

Por razones obvias, en la vida, intereses y actos de Katz Chihuahua tuvo un lugar especial. Este *contacto en Chihuahua* es, sin embargo, un asunto que a mí me entristece por el poco interés que despertó cuando se evaluó la vida y obra del historiador en su relación con México. La responsabilidad la podemos compartir la comunidad académica del estado de Chihuahua, especialmente el gremio de los historiadores;² incluso el propio Katz, que no resaltó con mayor energía el vínculo. Pero creo que sobre todo es la cultura del centralismo mexicano la causa de esta omisión. La centralidad de la ciudad de México es tan absorbente, tan omnipresente que prácticamente no deja lugar para nada más. Para casi todos los que han recordado su figura con motivo de su deceso, la relación con México significa el Distrito Federal. Chihuahua es solo el nombre del territorio directamente ligado a la figura de Pancho Villa, quien fue la mayor excusa para la relación profunda entre el historiador y nuestro país.

Pero hay otra cara en esta historia, marcada por las formas discretas que siempre lo caracterizaron. Su relación especial con Chihuahua tiene muchas evidencias que aquí quiero considerar de manera sucinta y seguramente incompleta. Desde principios de la década de los ochenta, Friedrich Katz viajó a Chihuahua en la búsqueda de documentación local que le diera nuevas pistas, precisiones, rasgos particulares

- 2 Aunque no debe olvidarse el Homenaje Póstumo que se realizó en la Ciudad de Chihuahua el 25 de noviembre de 2010, organizado por el Instituto Chihuahuense de la Cultura en el auditorio del Museo Semilla y luego la dedicatoria que se hizo en su memoria de la edición 15, el 16 noviembre de 2010, de la Cátedra Internacional de Historia Latinoamericana que lleva precisamente su nombre.

a la auténtica montaña de información que para entonces ya había reunido sobre Villa y el villismo. En esos primeros viajes, Katz conoció a un ya anciano don Francisco R. Almada, a cuya obra nunca regateó respeto, y a quien se convertiría en su gran amigo chihuahuense, el médico-historiador Rubén Osorio.³ Durante aquellas visitas, en que varios historiadores tuvimos nuestro primer encuentro con Katz, recuerdo a Víctor Orozco y a Jesús Vargas, entre otros.

Los actos por acercarse a Chihuahua continuaron durante esa década y estuvieron marcados por el entusiasmo que Katz sentía por el trabajo en fuentes y en nuevas interpretaciones de aquella nueva generación de historiadores chihuahuenses. Insistió en que un grupo nutrido de nosotros hiciéramos presencia en el Encuentro de Historiadores Mexicanos y Americanos en San Diego, California en 1988. Recuerdo bien que además pidió ser el moderador de la mesa sobre Porfiriato y Revolución en la que participamos entre otros Jesús Vargas, Víctor Orozco y Noé Palomares al lado de historiadores ya encumbrados por entonces.

En 1989 su Contacto en Chihuahua se fortaleció al figurar como una especie de padrino del Primer Congreso Internacional de Historia Regional, en el cual se negó a participar como conferencista magistral e insistió en ser un ponente más en la mesa dedicada a la Revolución. Durante los siguientes años Friedrich Katz continuó viajando a Juárez para participar en las siguientes ediciones de este Congreso, a las cuales empezaron a asistir varios de sus alumnos más destacados de la Universidad de Chicago: Mark Wasserman, William K. Meyer, María Teresa Koreck, Ana María Alonso y Daniel Nugent. Todos ellos realizaron tesis doctorales con temas chihuahuenses.

Las conversaciones después de las mesas formales resultaron ser verdaderos cursos de historia mundial contemporánea: La comparación entre el ciclo de revoluciones del siglo XX y la originalidad de la mexicana frente a la rusa, la china y la cubana, con liderazgos ideológicos tan marcados; las personalidades de los líderes soviéticos Lenin y

3 La Universidad Autónoma de Ciudad Juárez ha reconocido en un homenaje la trayectoria de Rubén Osorio y la Biblioteca Carlos Montemayor es depositaria de una parte del archivo personal de este historiador.

Stalin; los partidos socialistas y comunistas en la Europa de entreguerras. Compartió incluso sus recuerdos de exilio en Francia y del exterminio de buena parte de su familia y de la que sería después su esposa. Al tocarse el tema de su llegada a México nos decía casi con ternura: “No me pidan que sea imparcial frente al presidente Lázaro Cárdenas. Él salvó mi vida y la de mi familia”. Puede uno preguntarse si no habrá sido este sentimiento el que le impidió terminar la que sería se tercera gran obra, la dedicada a estudiar este periodo de la historia mexicana.

Me parece importante terminar estas páginas considerando dos elementos indispensables para entender el contacto que con Chihuahua forjó Friedrich Katz. Al inicio de la primavera de 1996, la Universidad de Chicago patrocinó el Coloquio “Revolution of the vanquished”. El organizador fue el propio Katz y ahí fuimos invitados varios académicos chihuahuenses junto a grandes especialistas de la ciudad de México, los Estados Unidos y Europa; este trato de igualdad intelectual era parte de su *ethos* profesional y personal, por lo que le resultaba totalmente normal. Varios de sus invitados sabíamos que el comportamiento gentil y equitativo no era la regla, sino una muy gratificante excepción que en mucho lo honraba.

Fue durante aquel evento en que Friedrich Katz aceptó la propuesta que le hizo el rector de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, de fortalecer su relación con esta institución y con el estado de Chihuahua. A nuestro regreso veníamos con la idea ofrecida por Katz: la Cátedra Internacional de Historia Latinoamericana, a la que años después se bautizó con su nombre por iniciativa institucional. Durante los primeros años, la Cátedra fue organizada directamente por él y decidió inaugurarla para después pedirle a varios amigos y colegas participar en ella: John Coastworth, Barry Carr, Linda B. Hall, entre otros.

Quizá la aportación que menos se ha valorado de la relación de Friedrich Katz con Chihuahua es la que deriva de sus estudiantes. Durante muchos años fue convenciendo a varios de sus estudiantes más destacados y queridos de realizar sus tesis doctorales sobre temas chihuahuenses. El primero de ellos fue Mark Wasserman, quien indagó de manera sistemática la naturaleza del régimen prerrevolucionario en Chihuahua personalizado en Luis Terrazas y su grupo familiar y de

socios. Su tesis doctoral de 1975 se convirtió años después en el clásico *Capitalists, caciques, and revolution: the native elite and foreign enterprise in Chihuahua, Mexico, 1854-1911* (University of North Carolina Press, 1984) que apareció en México como *Capitalistas, caciques y revolución: La familia Terrazas de Chihuahua, 1854-1911* (Grijalbo, 1987). Su estudio continuó con el seguimiento que realizó sobre la forma en que la vieja oligarquía chihuahuense se adaptó a las nuevas reglas y situaciones del México postrevolucionario en su libro *Persistent oligarchs: elites and politics in Chihuahua, Mexico, 1910-1940* (Duke University Press, 1993).

Vendrían después los sofisticados estudios de antropología histórica de Ana María Alonso y Daniel Nugent, que desarrollaron su trabajo en la región de Namiquipa, en el noroeste chihuahuense. Ambos dedicaron su trabajo a la forma en que las relaciones comunitarias, las jerarquías de género, capital y acceso a los círculos del poder explican no solo el comportamiento de comunidades como Namiquipa, sino cómo se forja la naturaleza misma del Estado mexicano. Sus estudios revelan una nueva forma de hacer microhistoria, por lo que la lectura que se hace de la revolución y de la suerte de esta comunidad después del movimiento armado resulta en verdad fascinante. El trabajo de Alonso vio la luz como *Thread of blood: gender, colonialism, and revolution on Mexico's northern frontier* (University of Arizona Press, 1995); y el de Nugent apareció como *Spent cartridges of the revolution: an anthropological history of Namiquipa* (University of Chicago Press, 1993).

La lista no termina aquí. Otros trabajos promovidos por Friedrich Katz enriquecieron el conocimiento de la historia de Chihuahua: María Teresa Koreck realizó un estudio exhaustivo sobre la región de Cuchillo Parado, en el noreste del estado –desafortunadamente no logró concluir su tesis por serios problemas de salud–; William K. Meyers hizo otro sobre la Comarca Lagunera, y Robert H. Holden realizó uno acerca de los terrenos nacionales.

Para terminar, baste decir que la lectura que sigamos haciendo de la obra de Friedrich Katz y sus alumnos mantendrá vivo ese “contacto en Chihuahua”.